

LA IMAGEN

Seudónimo: **Tosei Kinsaku**

Yoriyuki era hijo de pescadores y, por ende, muy pobre en cuanto a posesiones materiales, pero gracias a sus padres había adquirido una invaluable cultura, pues cuando Hideo, su padre, se hacía a la mar para capturar los peces que después vendería en el mercado del pueblo, solía hacer escala en otros puntos de las diversas islas de Japón. Allí había conocido monjes a los que daba pescado gratis y ellos, a su vez, libros y escritos sobre diversos temas, porque Hideo les había contado lo que deseaba hacer por su hijo y los monjes consideraron que era un deseo muy noble y que era un arma digna para el ascenso social de Yoriyuki.

La madre de Yoriyuki, antigua maestra de la aldea, le había enseñado a escribir. Así, pues, Yoriyuki fue bendecido por Benten, la diosa de la sabiduría y las artes: a los diecisiete años contaba con más cultura que los adultos de su aldea y que muchos de los funcionarios de palacio, cuyo único mérito era haber nacido de casta samurai o estar relacionados con el señor de la comarca.

Yoriyuki, empero, no era feliz: su joven corazón latía por una hermosa muchacha, hija del samurai más antiguo y honrado de la corte, a la que una vez había visto cuando su padre, en su condición de senescal, venía comandando las tropas del séquito del señor feudal de la región en un viaje hacia Edo, la capital del Japón en ese entonces, y la comitiva —en la que figuraban esposas y concubinas del señor, así como damas de la corte— se detuvo brevemente en la aldea para reaprovisionarse de agua y pescado seco

Yoriyuki estaba ayudando a su padre con las redes y de pronto vio a la joven bajar de un palanquín... y sintió que estaba viendo a la propia diosa Amaterasu, de la que, según la tradición, descendía el Emperador mismo.

La blancura de su piel, la deliciosa sonrisa con esos labios pequeños de los que solamente podían salir palabras bellas, el aleteo de mariposa de esos párpados cuando se dirigía a algunos de los cortesanos... Yoriyuki quedó tan prendado que saber que no podía siquiera acercarse a la dama de sus sueños lo entristeció hasta el punto de alarmar a sus padres, que lo veían desmejorado, sin vitalidad, incapaz de hacer las amables bromas que los hacía sonreír.

Un día, Yoriyuki salió a caminar para aliviar un poco su pena.

Como siempre fue hasta la playa para dejar que su mente se llenara de las imágenes que le producía el mar, cuando oyó gritos desesperados: miró y vio dos brazos que alternativamente salían del agua y se hundían en ella: alguien se estaba ahogando.

Sin pensarlo se quitó la ropa y se zambulló en las bravías aguas. Excelente nadador, como correspondía al hijo de un pescador, logró aferrar una manga de la ropa de esa persona y así, con un solo brazo, nadó hacia la costa, hasta que las olas de la rompiente los llevaron a él y su rescatado a la playa.

Era un anciano. Respiraba con dificultad, pero en forma regular: el miedo lo hacía jadear. De a poco se fue recuperando, lo vio a Yoriyuki y esbozó una sonrisa.

Gracias, joven, te debo la vida. Mi barco se hundió en una tempestad y creí que era mi último momento en este mundo.

— Anciano —dijo Yoriyuki—, no te agites ahora. Descansa y después iremos a mi choza: mis padres te darán comida caliente y podrás descansar.

Después pediremos que te vengán a buscar.

De pronto, los ojos del hombre parecieron brillar con una luz singular y miró con fijeza a su joven salvador, a quien dijo:

— Soy un mago muy importante y por eso veo en tus ojos una tremenda congoja... No, no me digas: veo una hermosa muchacha que quema tu corazón, aunque en verdad no se conocen y nunca hablaron.

Atónito, Yoriyuki no supo qué decir, pero se empezó a incorporar para huir de ahí. El hombre, empero, pareció adivinar lo que pensaba el joven y lo tomó con fuerza del antebrazo para retenerlo.

— No debes temer: no practico la magia negra, todo lo contrario, se me había convocado para curar con mis artes al rey de una comarca del continente. Tú me brindaste la oportunidad de seguir haciendo el bien y te quiero recompensar.

Hizo unos movimientos con las manos: apareció una tablilla de madera que mostraba, con una fidelidad extraordinaria, el rostro de la amada de Yoriyuki. El anciano se la entregó y le dijo:

— Escúchame bien: si miras esta imagen y la invocas con palabras o pensamiento, esta joven vendrá a ti, pero si esta imagen se daña por cualquier motivo, tu amada desaparecerá de tu lado sin saber lo que pasó y la perderás para siempre.

Yoriyuki tomó la imagen con manos temblorosas y, sin dejar de mirarla, dijo:

— No entiendo, anciano, ¿qué...?

Al alzar la vista para mirar al hombre vio que nadie había ahí; en la arena ni siquiera se veía la depresión del cuerpo del anciano.

Pero la imagen seguía estando en las manos de Yoriyuki.

Esa noche estalló la tormenta que debió de haber hundido el barco del mago.

Yoriyuki sentía un torbellino en su mente y en su corazón y, casi sin darse cuenta, dijo mirando la pintura:

— ¡Querría que estuvieras a mi lado y me dijeras qué hacer!

— ¡Eh, de la casa! — desde fuera dijo una voz de hombre de modo imperativo.

Tomiko abrió la puerta: en el marco se recortaba un samurái con imponente armadura, que miró a la mujer y al interior y dijo:

— Mi ama quiere cobijo y comida porque la tormenta nos impide seguir.

Con una reverencia, Tomiko invitó a entrar al samurai, que se volvió e hizo un gesto hacia afuera: de un palanquín bajó la amada de Yoriyuki, a la que un

serviente brindó inmediata protección con una tela. Otro se postró en el barro ante ella, para servirle de escalón. La joven lo pisó fuertemente a propósito en la cabeza, haciendo que el hombre hundiera la cara en el barro.

La joven lanzó una carcajada de burla y, mirando al sirviente, dijo:

— ¡Pareces un macaco de monasterio! Creo que te enviaré ahí para que los monjes jueguen contigo—. Y miró a sus cortesanos y guardias, que rieron celebrando las palabras de su ama.

La joven entró y miró con displicencia a Yoriyuki y, sobre todo, a la madre:

— ¡Qué vieja horrible! Encorvada, con ropa de ínfima clase—. Miró al samurái que había llamado a la puerta y le dijo:

— ¿Estás seguro de que no me trajiste a la casa de una bruja? — Y volvió a lanzar esa carcajada maligna.

Yoriyuki, sin decir palabra, lanzó la imagen afuera: el agua la empezó a despintar y, de pronto, toda los recién llegados.

Los padres de Yoriyuki aún no comprendían que había pasado, cuando su hijo, bañado en lágrimas, los abrazó con mucha fuerza y dijo:

— Gracias, padres míos, por lo que hacen por mí

FIN

.

.

